

CASH LUNA



**EN HONOR AL
ESPÍRITU SANTO**

CASH LUNA

EN HONOR AL
ESPÍRITU SANTO

¡No es algo, es alguien!



La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en comunicación cristiana que satisfaga las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique a Jesucristo y promueva principios bíblicos.

EN HONOR AL ESPÍRITU SANTO

Edición publicada por

Editorial Vida – 2010

Miami, Florida

©2010 por CASH LUNA

Editor general: *Rodolfo A. Mendoza Yaquian*

Edición: *Gisela Sawin*

Colaboración de edición: *Michelle Juárez*

Diseño interior: *Gus Camacho*

Diseño cubierta: *José Antonio Putzu Melgar*

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. A MENOS QUE SE INDIQUE LO CONTRARIO,
EL TEXTO BÍBLICO SE TOMÓ DE LA SANTA BIBLIA NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL.
© 1999 POR BÍBLICA INTERNACIONAL.

ISBN: 978-08297-5760-6

CATEGORÍA: Vida cristiana/General

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

10 11 12 13 14 ❖ 10 9 8 7 6 5 4

CONTENIDO

| | |
|--------------------------------------|----|
| INTRODUCCIÓN | 9 |
| CAPÍTULO 1 | |
| DESPIERTO, Y AUN ESTOY CONTIGO | 11 |
| CAPÍTULO 2 | |
| NO LO LOGRO ENTENDER | 23 |
| CAPÍTULO 3 | |
| NO ES ALGO, ES ALGUIEN | 35 |
| CAPÍTULO 4 | |
| CERRADA LA PUERTA | 51 |
| CAPÍTULO 5 | |
| DONDE QUIERA QUE ESTÉS | 67 |
| CAPÍTULO 6 | |
| UN ABISMO LLAMA A OTRO ABISMO | 79 |
| CAPÍTULO 7 | |
| ¡QUÉ EXTRAÑAS ÓRDENES! | 91 |

| | |
|---------------------------------------|-----|
| CAPÍTULO 8 | |
| ATENDIENDO A TU SEÑOR | 107 |
| CAPÍTULO 9 | |
| LO MATERIAL Y LO ESPIRITUAL | 123 |
| CAPÍTULO 10 | |
| DONDE ÉL HABITA | 137 |
| CAPÍTULO 11 | |
| USADO POR ÉL | 151 |
| CAPÍTULO 12 | |
| SANANDO A LOS ENFERMOS | 167 |
| CAPÍTULO DE CIERRE | |
| ¿LA BICICLETA O YO? | 181 |

CAPÍTULO 1

DESPIERTO, Y
AÚN ESTOY CONTIGO

Hay momentos en la vida que nos hacen sentir nerviosos. Un examen final en la universidad o enfrentar a los suegros para pedir la mano de la novia, por ejemplo. ¡Imagínate los nervios el día que conocemos al amor de nuestra vida! Sentimos mariposas que vuelan en nuestro estómago. No sabemos cómo comportarnos o qué decir, y cuando por fin creemos tener las palabras adecuadas, decimos lo primero que se nos ocurre, nos tiembla la voz y luego enmudecemos. Se nos acaban las ideas y descubrimos que la gran conversación soñada, terminó en pocos minutos.

Ni hablar del día de la boda. Siempre hay algo que se olvida, o peor aún, recordamos en la luna de miel que olvidamos invitar a alguien a la ceremonia. Otro evento que nos pone muy nerviosos es el nacimiento de nuestros hijos. En mi caso, recuerdo que había planeado cada detalle con el doctor que atendía a mi esposa. El plan era que estuviera presente durante el alumbramiento, pero cuando llegó el momento de ir a la sala de operaciones, el doctor me vio tan nervioso que solo apretó mi mano y empujándome suavemente dijo: «Lo veo más tarde». Sin más, me dejó parado en el pasillo y se fue.

La verdad es que cada quien tiene sus momentos y no todos sentimos nervios por las mismas situaciones. Pero pocas veces me he sentido tan nervioso como aquel gran día de agosto de 1994. Estaba a punto de entrar en una de las iglesias más importantes de aquel entonces para gozar de una de sus famosas reuniones de aviva-

miento. Hacía más de once años que orada por un mayor avivamiento en mi vida. Buscaba la presencia del Señor y su unción con todo mi corazón. Había escuchado que en esas reuniones el poder de Dios se derramaba intensamente, tanto que podía sentirse hasta en los parqueos del lugar. Mi expectativa era muy grande. Esperaba que al cruzar la puerta, el Espíritu Santo viniera sobre mí y me dejara tendido en el piso. Imaginaba que al levantarme sería el hombre más ungido que pudiera existir.

Cuando finalmente logré entrar, sufrí una gran desilusión. El poder del Señor era real y estaba allí, solo un necio podía negarlo. Había muchas personas tocadas por el Espíritu Santo, pero a mí no me sucedía nada, por lo menos no de la misma forma que a la mayoría.

A veces sentía un pequeño hormigueo sobre mi piel, pero eso era todo. Después de varios días de asistir a estas reuniones, doce para ser exacto, me frustré muchísimo. No me sucedía nada a pesar de ir dos veces diarias, o sea, un promedio de siete horas por día.

¿Puedes imaginarlo? Orar durante más de once años, manteniendo una vida en santidad, sirviendo al Señor y que... ¡no suceda nada! Comencé a cuestionarme seriamente muchas cosas. No podía negar que el poder de Dios estaba allí, pero tampoco podía afirmar que yo lo tuviera.

Cuando el predicador llamaba a quienes querían recibir la unción, es decir el poder de Dios, yo corría para estar en primera fila y después de la oración, mientras todos caían bajo el poder del Señor, seguía allí de pie. A esto debía agregar el hecho de que mi esposa era constantemente llena del poder del Espíritu Santo. Cada noche, con su mejor intención, intentaba explicarme cómo recibía el poder de Dios y se empeñaba en motivarme a imitarla.

Sonia bebía tanto de los ríos de Dios que en una ocasión, cuando bajamos del auto para entrar a la iglesia, noté que no llevaba su Biblia. Le pregunté la razón ya que ella siempre la llevaba consigo, no solo por ser cristiana, sino porque era esposa de un pastor y debía dar el ejemplo. Sonriendo me respondió: «Hoy beberé tanto del Espíritu que tendrás que sacarme en tus brazos».

Efectivamente, durante la reunión, Sonia fue tocada por el poder de Dios y quedó completamente llena de su presencia. La experiencia fue tan intensa que cuando estaba tirada sobre la alfombra me acerqué, la moví un poco y le dije: «Se te bajó la presión, ¿verdad?». Ella giró lentamente su cabeza y me dirigió una mirada tan intensa que te aseguro que en ese momento recibí el don de interpretación de miradas y me dije: «Creo que es tiempo de salir y tomarme un cafecito».

Momentos más tarde tenía que cargar a mi esposa totalmente llena de la presencia de Dios. Obviamente, ante estas evidencias mi frustración fue en aumento, al punto que un día, sentado en las gradas de aquel templo, empecé a llorar como un niño que ha perdido a su ser más querido. Entonces le pregunté a Dios por qué no recibía aquella poderosa unción como lo hacían los demás. Yo era un hombre de oración que dedicaba más de una hora diaria a hablar con él, además ayunaba y vivía en santidad.

Fue allí que Dios me confrontó:

—Carlos, tu problema es la fe —me dijo el Señor.

—Pero soy una persona a quien otros miran como hombre de fe —dije.

—Mírate, tienes dinero en tu cuenta y no puedes comprarte con gozo un buen par de zapatos.

En ese momento, Dios me desafió y cambió mi actitud.

—Si no puedes tener fe para un par de zapatos, ¿cómo puedes tener fe para ver mi gloria? ¿Qué es mayor: Mi gloria o unos zapatos?

Sinceramente, reflexioné mucho sobre la idea de escribir esta experiencia, pero no puedo dejar de hacerlo porque, aunque parezca ridículo, esta simple pregunta cambió mi vida entera.

*Si no tenemos fe
para lo material,
¿cómo la tendremos
para lo espiritual?
Si no tengo fe para
lo pequeño, ¿cómo
la tendré para lo
grande?*

Por otro lado, la Biblia está llena de casos en los que Dios envía a personas a hacer cosas muy raras. Creo que eso me consoló y motivó a seguir. Por favor, medita por un momento, si no tenemos fe para lo material, ¿cómo la tendremos para lo espiritual? Si no tengo fe para lo pequeño, ¿cómo la tendré para lo grande?

En mi caso, antes de la unción vino la confrontación. Comprendí que sin fe es imposible agradar a Dios, así que al día siguiente ejercí mi fe en todo lo que hice, incluyendo, por supuesto, la compra de un buen par de zapatos. Por la noche el milagro sucedió. Le había pedido al pastor de aquella iglesia que le encargara al predicador que orara por mí el próximo domingo durante el servicio y él había accedido, pero aquella noche el Espíritu Santo me dijo: «Ya tienes lo que deseas, puedes volver a casa».

Le creí y decidí regresar, aunque no había sentido nada realmente poderoso. Esa noche mi esposa y yo nos fuimos al dormitorio. Cuando estábamos acostados, cerré mis ojos intentando descansar y comencé a sentir que

me cubrían con una cobija o edredón. Pensé que era mi esposa protegiéndome del aire acondicionado. Después sentí que pusieron otra cobija y luego otra, tanto que el peso hizo que me empezara a hundir en la cama. Entonces abrí los ojos para ver qué sucedía y con sorpresa descubrí que no había ninguna cobija extra sobre mí, es más, no tenía encima otra cosa que una sábana muy liviana, sin embargo, ¡mi esposa y yo nos hundíamos con el peso sobre nosotros!

Vi a mi esposa y le dije: «Sonia, es él, es él». Ella sonrió y me dijo: «Sí, es él». Efectivamente, aquello era el peso de su poder, era su misma presencia manifiesta sobre nosotros. Esa poderosa unción que había buscado durante años no vino cuando alguien oró por mí, sino cuando le creí a Dios.

Desde aquel día experimenté una gloriosa visitación del Espíritu Santo en mi vida y ministerio. Su fuerza ha sido constante hasta el día de hoy. Su visitación fue tan intensa que no pude dormir por noches enteras. Su presencia me envolvió como un suave pero pesado manto cargado de poder. Era algo literalmente palpable, un peso sobre mí y una fuerte corriente eléctrica que bajaba y subía por todo mi cuerpo. Su Palabra venía a mi mente durante horas como una lluvia de versículos que me transformaron. Las horas pasaban hasta que por la ventana de mi dormitorio se dejaban ver los primeros rayos del sol y se hizo realidad en mi vida el Salmo 139:18 que declara: «Despierto, y aún estoy contigo».

Lo más hermoso es que desde aquel día no he dejado de experimentar la gloriosa visitación del Espíritu Santo en mi vida y ministerio. Han pasado más de quince años y lo siento tan fresco y nuevo como aquella noche. Es maravilloso saber que la presencia de Dios, en quien he

creído, se manifiesta sin reservas y que puedo pasar noches enteras con él, incluso hasta el amanecer.

Ahora mismo, siento cómo soy lleno completamente de su dulce y suave presencia y oro para que al leer este sencillo pero profundo libro, tu vida nunca sea la misma, que tu hambre y sed por su presencia te lleve a buscarle con todo tu ser.

Allí, justo donde estás en este momento, él desea llenarte. En tu alcoba o quizás en tu oficina, en un restaurante mientras tomas un café, en un avión durante algún viaje o en cualquier otro lugar, si estás pasando una prueba o preparándote para trabajar.

Su Palabra enseña que su Espíritu, que ha hecho morar en nosotros, nos anhela celosamente (Santiago 4:5). El Señor te anhela más de lo que tú podrías anhelarlo

*El Señor te
anhela más de lo
que tú podrías
anhelarlo en
toda tu vida.*

en toda tu vida. El Espíritu Santo ansía que le busques, que apartes tiempo para estar con él a solas, sin nadie más alrededor. Además, desea mantenerse en comunión contigo, aun en público. Dios desea que estés atento a su voz, escuchando sus indicaciones, dirección y demandas, aun cuando estés conversando con otra persona.

NOCHES DE GLORIA

Nuestra iglesia oficialmente tenía apenas tres meses de nacida y nos reuníamos en un hotel de la ciudad de Guatemala. En ocasiones la gente ni siquiera lograba entrar a los salones porque quedaba fuertemente llena de la presencia de Dios en el lobby, los pasillos, incluso en los sanitarios. Los administradores del hotel no permitieron que

continuáramos congregándonos allí porque el domingo por la mañana había más gente embriagada con el Espíritu Santo que los viernes y sábados en las fiestas donde celebraban con licor.

En diciembre de aquel mismo año fui movido por el Espíritu Santo a realizar las primeras seis noches continuas para ministrar la Palabra y el poder de Dios a todos aquellos que lo anhelaban. El alquiler del salón en el hotel era demasiado caro para realizar allí las reuniones, por lo que hablé con un amigo que presidía el instituto bíblico *Cosecha al Mundo* para que me rentara su local y celebrar allí las primeras noches. De inmediato accedí.

Aquellas reuniones ni siquiera tenían nombre y tampoco habían sido publicitadas formalmente. Toda la convocatoria fue de boca en boca, hasta que un joven me trajo la muestra de un pequeño volante que decía *NOCHES DE GLORIA*. Sí, de una manera informal, pero inspirada por Dios, comenzaron las reuniones que hoy conocemos con ese nombre y donde la gente sedienta de su presencia tiene tiempos de refrigerio, beben del vino del Espíritu y reciben grandes milagros, creciendo en el conocimiento del Señor. Las vidas de los asistentes que se acercan con fe son renovadas y nunca más vuelven a ser los mismos.

Debido a la unción del Espíritu Santo y la cantidad de testimonios de gente tocada por Dios, estas noches fueron creciendo hasta convertirse en grandes cruzadas de unción y milagros.

Es maravilloso ministrar cuando se está ungido y en ocasiones, sin decir una sola palabra, su poder empieza a obrar milagros. Un ejemplo fue lo que ocurrió en una cruzada que realizamos en Loja, una pequeña ciudad de Ecuador. Allí había aproximadamente ocho iglesias cris-

tianas, y el noventa por ciento de la gente que asistía a las *Noches de Gloria* en el Coliseo no era cristiana nacida de nuevo.

Durante la primera noche de aquella gran cruzada llovía suavemente pero sin parar, sin embargo, la gente llegó y el lugar estaba totalmente lleno. Muchos esperaban un milagro de parte de Jesús, con quien tenían una cita que nunca olvidarían. El servicio fue hermoso, aunque prácticamente hubo que enseñar cada coro que cantamos porque nadie lo sabía. Todos levantaban sus manos cuando se les indicaba y sus voces llenaban el lugar. La adoración realmente era hermosa. Las lágrimas brotan de mis ojos al recordarla. Yo estaba totalmente entregado a la adoración, cuando de pronto, los gritos de una mujer interrumpieron el orden de la reunión. Ella estaba parada en las gradas, justo sobre el lado izquierdo de la plataforma. Creí que estaba provocando un escándalo, así que quise poner orden, según lo que mi mente pensaba que significaba esa palabra. Le pedí a uno de los miembros de nuestro equipo que averiguara qué sucedía. Entonces, logré oír con claridad lo que aquella mujer gritaba: «¡Era ciega! ¡Era ciega! ¡Era ciega!».

Jesús lo había hecho una vez más. Obró según su voluntad. Sanó a esta mujer sin preguntarle a nadie. No esperó un momento predeterminado. No siguió una agenda, ni siquiera me dijo que lo estaba haciendo. Solo lo hizo. Aquella mujer que para ese momento no había nacido de nuevo, recuperó su vista en un instante. Jesús la sanó.

Seguramente al ignorar los formalismos religiosos ella tampoco esperó un momento específico para recibir su milagro. Sencillamente mientras adoraba, una luz apareció frente a ella y oró diciendo: «Mi ojo Jesús, mi ojo». Fue entonces que sintió un fuego sobre su ojo ciego y de

pronto pudo ver. El Coliseo entero enloqueció dándole al Señor la gloria y la honra.

EL PODER DE LA UNCIÓN

Ministrar sin unción es imposible. Cuando su Espíritu desciende, la atmósfera total cambia y suceden cosas que no ocurrirían si él no se manifestara. Un varón de Dios dijo: «No puedo definir la unción, pero sé cuándo está y cuándo no». Otro ministro definió la unción como «el poder de Dios manifiesto».

En realidad, casi todas las definiciones que se han dado son muy similares. Yo pienso que es el poder del Espíritu Santo sobre la vida de alguien para hacer la obra sobrenatural de Dios. Al final, el problema no es definirla, sino recibirla. Lo importante no es aprenderla, sino tomarla. Y lo difícil no es recibirla, sino retenerla.

Muchos han orado toda una vida pidiendo disfrutarla y con sinceridad confiesan no haberla alcanzado, o por lo menos admiten no ver resultados palpables. Otros han tenido alguna experiencia sobrenatural y la han recibido, pero no logran retenerla. Algunos frecuentan infinidad de reuniones y congregaciones para renovarla, ya que no han podido retenerla sobre su vida y ministerio. Peor aún, hay quienes creen que estar ungido es emocionarse al predicar, gritar y sudar sin parar.

La unción no tiene nada que ver con el estilo personal para hacer las cosas. Unción es la esencia del poder del Espíritu Santo manifiesto sobre una persona. No es una paloma que bate sus alas deseando llegar a tu vida y mantenerse sobre ti por arte de

*Unción es la
esencia del poder
del Espíritu Santo
manifiesto sobre
una persona.*

magia o por algún truco religioso. La unción llegará y permanecerá a través de la genuina búsqueda de Dios y su poder. La Biblia nos dice en el Salmo 105:4-5: «Recurran al Señor y a su fuerza; busquen siempre su rostro. Recuerden las maravillas que ha realizado, sus señales, y los decretos que ha emitido».

Debemos buscar a Dios como *persona*, es decir, como alguien con quien se puede tener una relación íntima. Debemos buscar su rostro y también su poder. Si prestas atención a la Escritura notarás que el salmista le está recordando al pueblo las maravillas y prodigios del Señor. Además, los exhorta a que busquen su rostro y poder si desean verlos manifiestos. Aun la misma Palabra revelada, lo que algunos han llamado el Rhema de Dios (Palabra de Dios para alguien específico, en un momento y con un propósito específicos), vendrá si se busca su presencia, ya que es la única forma de escuchar su voz revelándola para cada momento.

Ser ungido no es casualidad o suerte. La unción es para aquellos que buscan al Señor, su rostro y su poder. La sentirás sobre tu vida como resultado de una diligente, sincera y apasionada búsqueda de su presencia. Si bien es cierto que Jesús pagó el precio en la cruz del Calvario y la recibimos por la gracia de nuestro Señor, también es verdad que no la dará a quienes no la valoran. De hecho, algunos la han perdido por esa misma razón.

Si estás leyendo este libro es porque deseas con todo tu corazón recibir la unción, retenerla y hacerla crecer sobre tu vida y ministerio. Mi querido amigo, existe algo más allá de la unción y quiero mostrártelo.

*Nos agradecería recibir noticias tuyas.
Por favor, envíe sus comentarios sobre este libro
a la dirección que aparece a continuación.
Muchas gracias.*



*Vida@zondervan.com
www.editorialvida.com*

Este documento es una muestra gratuita.
Para adquirir una copia completa de este libro,
pulse aquí.